

GRAN SUPER TERROR

HORROR 2

Lo mejor del terror contemporáneo
(Los relatos de Twilight Zone)

STEPHEN KING
y otros



La revista *Twilight Zone* es la publicación más prestigiosa del género de terror por la calidad insuperable de sus relatos macabros, sobrenaturales y fantásticos. Muchos de ellos fueron filmados por la televisión, y la serie resultante, «Dimensión desconocida», conquistó inmediatamente a una legión de espectadores en todo el mundo.

Los relatos que figuran en esta antología han sido escogidos por sus méritos singulares entre todos los que ha publicado la revista *Twilight Zone* desde su fundación hasta hoy. O sea que se trata, sin lugar a dudas, de lo mejor entre lo mejor.

Introducción

La contemplación de una pila de ejemplares de la revista norteamericana *Twilight Zone* (TZ para los entendidos) puede convertirse al mismo tiempo, y paradójicamente, en un sueño dorado para un lector de temas de terror y fantasía, y en una pesadilla desquiciante para un compilador riguroso de antologías de uno y otro género.

La razón es obvia:

El primero encontrará en los números atrasados de TZ una pléthora incomparable de cuentos escrupulosamente escogidos, críticas de libros, comentarios de películas, guiones de programas de televisión de la serie que en España se proyectó con el título *Dimensión desconocida*, y reportajes de autores veteranos y noveles, siempre bajo el signo del terror y la fantasía.

El segundo hallará lo mismo, pero semejante cúmulo de literatura de primer orden no hará sus delicias, sino que le obligará a aguzar al máximo su sensibilidad y convertirá en un calvario la tarea de selección. ¿Por qué incluir en la antología este cuento y descartar aquel otro? ¿Cuál es el matiz exquisito que marca la superioridad de los trabajos elegidos sobre los restantes? ¿Y cómo disipar el sabor amargo que queda en la boca cada vez que se elimina una narración para la que no queda espacio, pero cuyos méritos son contundentes?

La solución, por supuesto, consistiría en publicarlo todo, con la certeza absoluta de que lo que pasó por el filtro severo de TZ ya tiene ganado un lugar en la historia del terror

y la fantasía. Tal vez más adelante se pueda materializar este objetivo ideal.

Mientras tanto, al lector de esta antología le bastará echar un vistazo al índice para darse cuenta de que Rod Serling, el mítico fundador de *TZ*, supo hacer bien las cosas. Y luego, si es un poco observador captará otro detalle: los autores han sido ordenados alfabéticamente porque la primitiva intención de escalonarlos por sus méritos, por su veteranía, por su adscripción a la lista de los clásicos, o por las virtudes específicas de los cuentos aquí incluidos, sólo serviría para terminar de complicar las cosas.

Por un motivo u otro, desde un punto de vista o desde otro distinto, todos los cuentos aquí incluidos son sobresalientes. Stephen King se antepone, por orden alfabético, a su colaborador circunstancial Peter Straub, pero a éste se le adelanta Robert Sheckley, y antes que todos ellos aparecen Ramsey Campbell y William Hope Hodgson (sí, el autor de *Los naufragos de las tinieblas*, que tanto admirara Lovecraft). Estos pocos nombres bastan para dar una idea de la tarea ímproba y plagada de injusticias que habría tenido que enfrentar el antologista si hubiese querido discernir prioridades.

Además, junto a otros nombres igualmente famosos, hay otros menos conocidos, o francamente desconocidos, que darán que hablar en el futuro. No en vano impresionaron suficientemente a los directores de *TZ*. No en vano han sido incluidos en esta antología. También ellos están en la primera línea.

Ciertamente, cada lector construirá su propia lista de cuentos predilectos, y tal vez no habrá dos que coincidan entre sí. Pero de lo que estamos seguros es que nadie podrá decir que un cuento desentona o está de más, e incluso es posible que algún aficionado modifique sus preferencias con cada nueva lectura. Porque ésta es nuestra otra certeza: los cuentos de *TZ* se leen más de una vez, y no se olvidan jamás.

LOS EDITORES

El caballo balancín

CEZARIJA ABARTIS

Mientras vestía a su hijo de cinco años, al observar la marca de la mano de Jake..., ¿fue entonces cuando empezó todo? ¿Fue tan sencillo?

El suelo estaba fangoso, el cielo oscuro, hacía viento y probablemente quedaban otros tres meses de invierno que soportar.

Jake extendió un brazo y luego el otro por las mangas de la chaqueta que sostenía Alan.

—Ya está. Bien calentito. ¿Qué harás hoy en el parvulario?

—Juegos y cosas. Jugaré a canicas, al escondite...

—Ahora los guantes. ¿Dónde está el otro? —Y esto sólo por la mañana..., pensó Alan. ¿Por qué June no podía encargarse de arreglar a los chicos, precisamente hoy?—. ¿Dónde está el otro guante?

Jake se encogió de hombros.

—No lo sé, papá. A lo mejor se lo ha llevado el monstruo.

—Un monstruo no necesita guantes. Vamos a buscarlo.

En un rincón de la mente de Alan, la intensa irritación con June se vio mitigada a causa de la preocupación que él sentía por toda la familia. Lo había pasado muy mal desde que empezó a pensar en aquel juguete.

Alan se puso a gatas para buscar debajo del sofá. Jake se fue a la cocina con sus andares de niño de cinco años. Alan oyó que el pequeño cogía un vaso del armario y abría el grifo del fregadero.

El guante no estaba debajo del sofá. Los ojos de Alan recorrieron la habitación: el horrible reloj de música, regalo de boda de su suegra, la ventana sobresaliente encarada hacia el norte (el lado malo) y en un rincón, rodeada por las plantas de June, una talla africana de una cabeza que sonreía y mostraba los dientes, los mellados dientes de ébano.

Debiste mencionar antes que no te gustaba la escultura, le había dicho su esposa. *No vale la pena. No vale la pena pelearse por eso,* había contestado él, instando sensatez y simplicidad en el tono de su voz. *¿De que tienes miedo? No hay nada que temer aparte del...* Y Alan le había interrumpido en voz baja para decir: *Lo sé. El pánico.*

—¡Ah! ¡Uuuuy!

Jake lanzó un grito agudo, pero el grito procedía del sótano, no de la cocina.

Alan engulló una bocanada de aire que le hendió la garganta como si tuviera ahogándose. Calma.

—¡Jake! ¿Estás bien?

Oyó que Jake subía ruidosamente la escalera del sótano. Se tranquilizó, no dejó que su imaginación le devorara. «No te asustes. Conserva la calma. Vamos». Alan se acercó poco a poco a la cocina, como si no pasara nada. Jake tenía una expresión irritada, de culpabilidad.

—¿Qué estabas haciendo abajo? ¿Qué pasa?

—Una astilla. El monstruo me ha clavado una astilla. — Jake abrió su mano derecha—. ¿Ves, papá?

Sólo eso. Una brillante burbuja de sangre. Suavemente, Alan se la limpió con un pañuelo de papel.

—Es un corte, no una astilla.

En la parte cóncava de la mano del niño, en el centro de su palma, se veía un corte pequeño y no muy profundo, de forma semicircular.

—Estaba tocando el hacha para ver si estaba muy afilada, y algo me mordió.

—No tienes permiso para estar solo ahí abajo. —Jake seguía mirando el suelo—. Bien, no hay ninguna astilla. Me

alegra decir que seguramente podrás bailar otra vez.

—¿Qué?

—Es una broma. Estás perfectamente.

—Ah.

—Vamos a ponerte un poco de mercromina.

—No quiero ser bailarín. Quiero ser *cowboy*.

—Fantástico. —Alan humedeció la palma de la mano con el desinfectante—. Jake, ¿por qué bajas al sótano? ¿Has estado jugando en el montón de leña?

—Pensaba que esta mañana se me había caído el guante en el sótano. —Los ojos del pequeño se desviaron—. Cuando he bajado con mamá... Cuando ella ha bajado a mirar la leña del horno y yo fui con ella.

No quería mirar a los ojos a Alan.

—Sí, Jake, continúa.

En el semblante del niño había tensión.

—No, es una mentirijilla. No estaba buscando mi guante. Quería jugar con mi caballo. Él quiere verme.

—¿Por qué dices que quiere verte?

—Ha pasado mucho tiempo, ¿sabes?

A Alan no le parecía mucho tiempo.

—Me alegra que lo hayas dicho, Jake.

—Tiene frío ahí abajo. Y está solo. No lo has pintado. ¿Cuándo lo subirás otra vez?

Alan no se resignó a dar explicaciones.

—Ya veremos. Vamos a ponerte una tirita.

—¿Una especial, con rayas?

—Naturalmente.

En el armario de la cocina sólo quedaban vendas. ¿Por qué June no guardaba una caja entera de tiritas en la cocina? Alan subió de dos en dos los peldaños de la escalera para buscar en el botiquín. Sin tiritas para niños. Bien, un bolígrafo podría solucionar el problema.

—¡Estoy haciendo la tirita! —gritó.

Al ver la tirita pintada a mano, Jake no la rechazó precisamente.

—Yo quería una con rayas verdes.

Alan subió corriendo la escalera por segunda vez a fin de coger otra tirita lisa.

—Por supuesto, Jake.

Al dar la vuelta en el rellano, Alan se golpeó la mano con el poste de la escalera. «Oh, fabuloso». Bajó soplando-se los dedos.

—¿Ha sido eso un grito pequeño, papá? —Jake dio unas palmaditas en la mano a su padre—. Pobre papá.

Luego se inclinó y besó ligeramente la magulladura.

Alan apartó un mechón de la cara de Jake.

—Gracias.

Alan llegó tarde a la entrevista. No obtuvo el empleo. Seguramente, tampoco lo habría obtenido de haber llegado a tiempo, pensó. No, nada de autocompasión. Habría otras entrevistas. Además, a él no acababa de gustarle trabajar. No, basta de tonterías. Hacía ya seis meses, y Alan no podía considerarlos como unas vacaciones muy merecidas; ya no. Estorbaba a June cuando ella estaba en casa, y cuando su esposa estaba trabajando, él se sentía peor: se sentía culpable de que ella tuviera que trabajar para aquel vendedor de pisos, culpable de que el dinero no fuera suficiente, culpable de haber consumido sus ahorros, su paciencia y tal vez otras cosas.

¿O todo había empezado antes de eso? ¿En septiembre, cuando Marge, la señora de la limpieza, se presentó llevando a rastras el caballo verde?

La señora de la limpieza que habían tenido antes se había jubilado y Marge, también próxima al retiro, había llegado hacía algunos meses recomendada por cientos de amigos. Le gustaba guardar cosas: revistas viejas, objetos de porcelana con desperfectos, ramas secas...

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó June mientras se daba un masaje en la nuca, intentando aliviar así su dolor de cabeza.

Marge les había traído un pastel, hecho con las primeras manzanas del otoño, y el caballo balancín.

—¿No es increíble? Jamás había visto otro igual. He visto muchísimos blancos y marrones, pero nunca uno verde con ricitos y ojos, y lleno de dibujitos de tiovivos. Se lo regalaré a Jake. Jake es mi favorito.

June arrugó la nariz. Marge prosiguió su parloteo.

—Lo conseguí en una tienda de antigüedades de mi barrio. Procede de un tiovivo. Se desprendió del poste y de los clavos que agarraban por abajo el balancín. —Se llevó las manos a las caderas y lanzó una mirada de presunción a June—. ¿No es soberbio? Estaba en la trastienda, pero lo he limpiado de las telarañas y de los bichos muertos.

Ciertamente estaba limpio: ni una mota de polvo, ningún insecto. Sólo se veía un verde rabioso, rico, primitivo. Pintado de ese color, el diminuto caballo parecía una implacable deidad de la selva adorada por salvajes, portadora de la carga de sus inútiles plegarias y sacrificios. Cuando el sol de media tarde tocó la vistosa madera, aparecieron ojos en aquellos rasgos agusanados, y el color pareció bullir. Allí estaba el caballo, en el centro de la habitación, y durante un rato los tres adultos permanecieron atontados cerca de él, como si estuvieran ante un fetiche o tótem de una época antigua.

Amy interrumpió el tenso silencio del salón. Llevaba pintados los labios. Alan no aprobaba el maquillaje en niñas de doce años; de no haber estado presente Marge, le habría ordenado lavarse la cara.

—Mamá, ¿podrías darme un adelanto de mi asignación de la próxima semana? La tía de Shirley va a llevarla al cine y me deja ir con ellas. No te preocupes, la película es tolerada. Y como mañana no hay colegio... —Se detuvo ante el

caballo balancín—. ¿Es para Jake? Vaya, ¡qué original! ¿Puedes darme dinero, eh?

—Me gustaría hablar contigo de tu asignación —dijo June.

Marge salió y puso en marcha la aspiradora en la habitación contigua. Amy alzó la voz para que la oyeran a pesar del zumbido del motor.

—Queremos ir al cine porque Melissa no nos ha invitado a su fiesta nocturna para chicas. —Sus pintados labios formaron una sonrisa afectada—. Que se joda.

June se sobresaltó.

—Ojo con tu vocabulario, Amy Charlotte Lichter.

—Es una guarra y una imbécil.

—No abuses de tu suerte, pequeña.

—La odio, la odio, la odio. Ojalá se muera. Ojalá se muera de golpe, la muy mamona.

—No hay cine para ti.

Amy miró furibunda el caballo.

—¿Por qué Jake siempre lo consigue todo? Nadie se preocupa de mí.

—¿Por qué no te vas a paseo, eh?

Amy se volvió hacia June con unos ojos que parecían puntos de fuego.

—¡Mierda! —exclamó, y golpeo el caballo antes de marcharse—. La odio. Algún día la...

June siguió frotándose la nuca.

—No debería haber dicho eso. No sé por qué...

En ese momento entró corriendo Jake.

—Amy está llorando. ¡Oh! ¿Es para mí? —El caballo continuaba meciéndose después del golpe de Amy. La boca del niño se abrió de asombro—. Es muy bonito —dijo en un susurro.

—Es un regalo de Marge. Por lo menos deja que tu padre lo pinte, que lo deje lo más parecido a un caballo de verdad.

—Me gusta, mami, me gusta. Tal como está.

Dio la vuelta al juguete, vaciló y retrocedió dos pasos, asombrado con la cabeza hacia un lado y la frente fruncida. El sol se puso detrás de una nube, y la vistosa figura del caballo se transformó en unos ojos alojados dentro de criaturas semejantes a paramecios que se retorcían sobre el fondo verde.

Jake avanzó hacia el caballo, extendió poco a poco un brazo y tocó su regalo con el dedo índice primero, con toda la palma después. Sólo era un juguete de madera.

Siendo un bebé, Jake se había mecido en sueños, apoyado en sus rodillas con los brazos extendidos hacia los laterales de la cuna, agitando ésta rítmicamente. En ese momento montó en el caballo balancín y cabalgó con furia, con la cabeza echada hacia atrás y las piernas moviéndose hacia fuera y hacia dentro, sin cesar, arriba y abajo, los puños aferrados a las dos clavijas que, como cuernos, sobresalían de las sienes del caballo. Había un alborozo impetuoso en sus ojos y sus ventanas nasales se agitaban.

—¡Es mío! ¡Es mío!

Su voz vibraba a causa de su extrema alegría.

—Basta. —June extendió de pronto una mano para detener al pequeño—. Te harás daño. —Y con voz más firme, más controlada, añadió—: Vas a romperlo. Harás un agujero en la alfombra.

Mantuvo la mano en la cintura del niño.

—Me gusta, mami.

Abrazó a Marge cuando ésta se fue.

June estaba irritada.

—Creo que Marge cada vez tiene menos cordura.

—Aún no tiene edad para ser senil.

—Tal vez debería buscar otra persona para limpiar la casa.

—No es contagioso, ¿sabes?

—No puedo evitarlo, Alan.

—Escucha esto sobre los documentos perdidos en las inundaciones de Florencia.

—Mírame, por favor.

Alan bajó la revista que estaba leyendo.

—¿Qué te preocupa?

—Me siento como una tonta hablando de esto. —Se mordió el labio inferior—. Sólo es un presentimiento.

—Adelante con ello.

—Cuando salía ayer por la puerta de la cocina, ella estaba contando un cuento a los chicos.

—¿Y bien?

—Estaba contándoles que las *banshees*, esas fantasmas irlandesas, gimen en las tumbas de los muertos.

—Marge lo ha entendido mal. La *banshee* gime en el exterior de la casa una o dos noches antes de que muera alguien.

—No quiero que les enseñe estupideces o supersticiones. Yo soy su madre. Quiero ser yo quien les enseñe. No ella. No una vieja solterona supersticiosa.

Alan se acercó al sofá, donde estaba sentada su esposa, y le rodeó los hombros con un brazo.

—Fue tétrico. Las *banshees* acabarían viniendo a por todos.

June cerró los ojos como si quisiera estrujar y alejar el recuerdo en su mente, en algún punto donde pudiera perderse.

—Si lo deseas, hablaré con ella.

June había tomado una decisión.

—No. Mañana lo haré yo. No quiero que vuelva.

—June, encanto, no por un simple cuento.

—Tú no estuviste aquí. No lo escuchaste. Fue tétrico.

—Marge es una pobre vieja sin dinero. No podemos despedirla.

—No somos..., no... somos una empresa. No vamos a despedirla, simplemente dejaremos que se vaya. Marge tiene dinero. Tiene seguridad social. Y regaló un collar a Amy.

—El tono de June era agudo y desesperado, estaba discutiendo más con ella misma que con Alan—. Tiene dinero, nosotros no somos los únicos para los que trabaja.

—Ella adora a los niños —dijo Alan en voz baja.

—No me importa. —Le temblaba la barbilla—. Tal vez no me gusta Marge. Tal vez no me gusta que robe el afecto de los niños.

—Eso es una tontería. Los niños te adoran.

—Sí, «producto del tiempo pasado juntos», etcétera, etcétera. Conozco la canción. Tú, Tarzán; yo, Supermadre. —Apretó los puños en su regazo—. No quiero volver a verla en esta casa, nunca.

—¿Qué vas a decirle?

—Pensaré en algo.

No tuvo que hacerlo. Marge llamó a la mañana siguiente para decir que iba a ir al hospital para una revisión por culpa de su problema de tiroides. No salió viva de allí. Falleció a consecuencia de una trombosis coronaria. Fue amortajada en la Funeraria Ritchfield. Alan creyó necesario expresar su condolencia.

La cabeza de la muerta reposaba en un cojín de satén como jamás había hecho en vida. Iba vestida con su mejor vestido de fiesta. Su pelo gris se curvaba en torno a las arreboladas mejillas y apuntaba hacia los enrojecidos labios componiendo una jovial parodia. Alan se dejó caer en una silla de la última fila.

Delante de él oyó a alguien que susurraba en tono solemne.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad? Mejor que el que tenía en el hospital. Parece como si durmiera.

—Parece como si fuera a ir a una fiesta, ésa es la verdad —replicó la otra mujer.

Alan no estaba de acuerdo.

—Qué cantidad de flores le han mandado.

—Se ofrecía para ayudar en la iglesia. Ese ramillete rosa es del pastor.